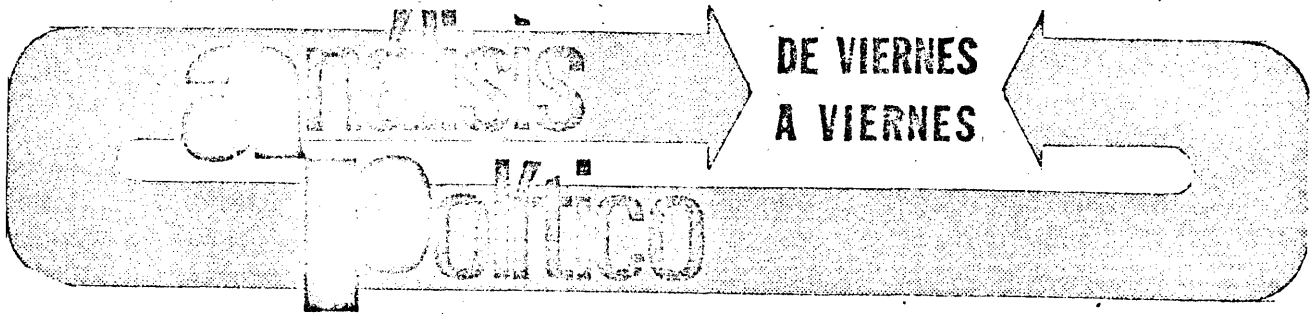


PUBLICACION:

PUEBLO

FECHA:

23 MAY. 1975



SAHARA: DIPLOMACIA O POLITICA

La trascendencia del tema del Sahara estriba en las consecuencias que puede tener, según su resolución, tanto en nuestra política exterior como en la interior. En lo exterior, por un prestigio internacional al ganar ante el mundo un contencioso en el que hemos puesto nuestras mejores armas jurídicas y la fuerza de la razón sustentándolas. En lo interior, porque es indudable que de la resolución de este problema pueden surgir conflictos —en caso de complicaciones— o serenidad —en caso de solución jurídica inapelable—. El Sahara, por tanto, es un tema importante para los saharauis, sin duda, pero también para nuestro pueblo, ahora, cuando todavía es una provincia integrada en la nación española, como en el futuro, cuando deje de serlo.

El tema del Sahara no acaba de definirse en la opinión pública, y ello pese a que, en las últimas semanas, merece primeras páginas de diarios y revistas. Quizá este fenómeno se deba a que el asunto presenta algunas zonas oscuras como consecuencia de haberse mantenido mucho tiempo en secreto, como «materia reservada», para después llegar la información en forma de impresionante avalancha que es preciso digerir despacio. No se entiende muy bien, por ejemplo, cómo hemos invertido cerca de 25.000 millones de pesetas en la explotación de los fosfatos cuando marchábamos, por lo menos, hacia el objetivo de la autodeterminación; pero con peligro de ambiciones anexionistas de otros países de la zona. Tanto dinero en esas circunstancias puede ser un riesgo excesivo. Cuando, en su momento, trascendió esta inversión, apenas fue comentada en un sentido u otro, puesto que las cautelas impuestas al tema saharauí aconsejaban tratar otros asuntos. Es más: el montaje de la gigantesca empresa para la extracción de fosfatos se interpretó como el resultado de una prospección política que dictaminaba un futuro tranquilo y por unos pasos estudiados y, casi diríamos, pactados. Ahora, después de un largo silencio, sabemos que el Sahara es ya, pero puede ser mucho más, un avisero

de complejísima problemática. La táctica de callar para luego abrumar con información exhaustiva se muestra, una vez más, como ineficaz.

Pero, si desde el punto de vista informativo, no ha existido una adecuada política sobre el tema, o ésta ha sido equivocada, cabe preguntarse también dónde estamos jugando el futuro del Sahara. Porque en estos momentos, un lector de periódicos nacionales y extranjeros tiene la impresión de que ambas partes, España y los países árabes interesados en el asunto, están jugando en dos terrenos distintos. Hemos visto, incluso con indignación, las declaraciones del rey Hassan de Marruecos a la radio televisión francesa y al diario «Le Figaro». Hemos asistido a la maniobra marroquí de «llevarse» al presidente francés Giscard d'Estaing a Rabat, con el telón de fondo del Sahara. Bien es verdad que Giscard, muy diplomático y muy hábil, rehusó comprometerse lo más mínimo en un problema hispano-marroquí. Pero habló del asunto y, sobre todo, escuchó hasta la saciedad hablar del tema. Giscard tiene una idea del problema. No sabemos cuál. Sabemos sólo que se la han inculcado, o tratado de inculcar, en Rabat. Finalmente, y para resumir, también sabemos la postura que ha tomado la Liga Árabe. De un lado, pues, se juega clara y tesorosamente la baza de la política internacional, las altas relaciones públicas, la información hábil y a gran escala en el mundo.

¿Y España? Nosotros, por lo que se ve y por lo que se aprecia, jugamos a la técnica jurídica internacional que es, indudablemente,

algo mucho más serio, más riguroso y, si se quiere, más científico. Pero no sabemos si es más útil. Tenemos fresco en el recuerdo un enorme y brillantísimo esfuerzo: el Libro Blanco sobre Gibraltar. Los ingleses se quedaron boquiabiertos, y con toda la razón, ante un estudio histórico y jurídico tan sobresaliente. Fue algo realmente magnífico, que demostró la inteligencia y la capacidad investigadora de sus autores. Pero, desgraciadamente, no sirvió de nada.

Quizá —y ojalá sea así— el caso del Sahara sea distinto. Pero la brillantez jurídica ¿no podría apoyarse también en la actividad política, en las mismas relaciones públicas internacionales que sobre el tema hacen los árabes? Aparentemente, nada se perdería en luchar en los dos frentes.

Ignoramos quién lleva ventaja en la argumentación conforme a Derecho. Es de suponer que nosotros. Pero estamos hartos de ver, en las relaciones internacionales, que muchas veces esto no es suficiente. Hay que hacer política. Y es posible que nosotros también la estemos haciendo. Pero, a «nivel» gente, no nos enteramos. El tema, esa es la verdad, visto al trasluz de la Prensa internacional, Marruecos lo está jugando bien. Convierte su egoísmo y su desprecio por los saharauis en argumentaciones con ropaje de reivindicación antiimperialista o anticolonialista. Y crea ambiente de opinión pública. Nosotros estamos, esa es la sensación, reclusos en los límites, respetabilísimos, de la ciencia jurídica internacional. Y si ahí ganamos, ¿no podríamos librar la batalla también en el terreno del contrario? La razón jurídica nos daría una sustanciosa ventaja. No se trata de polemizar en periódicos del mundo. Se trata de dar nuestra imagen respecto a este problema. Debería ser un «producto» fácilmente «vendible»: Sahara para los saharauis. Los imperialistas, los colonialistas, son otros.

PUBLICACION:

PUEBLO

FECHA: 23 MAY. 1975

En fin: estas reflexiones vienen traídas por la observación de la táctica del contrario. Ojalá que esa táctica sea estéril y que la nuestra, mucho más ortodoxa y formal, basta por sí misma.

Ford y las bases

Hasta el momento, a no ser que Gerald Ford en su visita a Madrid consiga un improbable cambio de postura, las negociaciones hispano-norteamericanas de los convenios con los Estados Unidos parece que son difíciles y duras. Hay quien piensa que las bases de Torrejón y de Rota pudieran llegar a ser desmanteladas. O que tal vez se llegue a una posición parecida a la de Francia, que es compartida por un amplio sector de la opinión pública española. Aunque esto son suposiciones. No sabemos lo que ocurre, y tampoco sabemos hasta qué punto es necesaria la política de los grandes secretos. Resulta extraño que las posiciones españolas sean recogidas por un periódico americano, transmitidas a España por la agencia oficial e incluso publicadas ampliamente por la Prensa más vinculada al Gobierno. Es algo desalentador para los periodistas españoles, y desorienta a los lectores.

Por otra parte, el incidente del buque «Mayaguez» ha tenido impacto entre nosotros. En algunos sectores se ha producido una sensación de alivio al detenerse en alguna medida el proceso de desprestigio de la política norteamericana. Porque entre nosotros hay amplios círculos que ven en los Estados Unidos un respaldo de cara al futuro. Sin embargo, y con el pensamiento puesto

en la renovación de nuestros poderes, la utilización en ese incidente de las bases mixtas de Tailandia tiene que hacernos reflexionar. Los thailandeses han pedido la revisión de sus tratados con los Estados Unidos, ya que han utilizado las bases de acuerdo sólo con sus conveniencias y sin contar con el otro país signatario del acuerdo. De ahí la expresa prohibición del Gobierno de Bangkok para que esos dispositivos de defensa sean utilizados en ofensivas contra Camboya.

Y esto nos recuerda las suspicacias de buena parte de la Prensa internacional respecto a la posible utilización de las bases norteamericanas en España cuando la última guerra árabe-israelí. Y da que pensar sobre alguna operación futura. La espectacular decisión del Presidente Ford en el caso del «Mayaguez» quizá haya devuelto algunos gramos de prestigio a los Estados Unidos. Pero queda precisamente en estos momentos una importante reflexión para España: el Alto Mando Ejecutivo americano decide, y luego explica.

Y hablando de este Gerald Ford espectacular en el rescate de un barco después de haber dejado exhaustos y a merced del enemigo a unos aliados, es de suponer que no vendrá a España con la pretensión de que por su presencia y ganas de agradar va a resolver en veinticuatro horas lo que debe ser objeto de profunda meditación. Porque los cheques en blanco es seguro que se los ha dejado en Washington.

Seguridad

Continúan las cuestiones de orden público. Continúa la indignada repulsa hacia el terrorismo, larga y justamente manifestada por toda la sociedad española. Precisamente por eso se ha reaccionado negativamente ante la lucha contra la violencia ciega con los mismos medios. Toda España alienta a las fuerzas del orden. Pero se condena, y se pide freno, para cualquier actitud incontrolada, que puede llegar a dar una apariencia de caos, de la que estamos lejos, siempre que la fuerza esté donde debe estar: en el Derecho.

Y en otro orden de cosas, en otra longitud de onda, en la que no hay sangre ni violencia física, se observa últimamente una cierta dureza, que choca con lo que se dio en llamar «espíritu del 12 de febrero». Hay una faceta que duele especialmente, y es tanta suspensión de conferencias y actos culturales, incluso en casos en los que en principio no se ve peligrosidad. Ahí están los ejemplos de Duverger o de Antonio Gala. Porque la verdad es que el Régimen español no se ha hecho precisamente celebre por su respeto a lo intelectual y aportación a la cultura, aun cuando últimamente ha rectificado. De todos modos, basta recordar famosos ausentes, como Picasso, Juan Ramón Jiménez, Casais, Buñuel, Alberti... Y ahora se da la impresión, después de un cierto abrir la mano, de que volvemos a tiempos muy pasados, como cuando se discurrió airadamente si Arturo Duperrier podía o no volver a España a pasar sus últimos años..., un físico de prestigio mundial, que en su exilio jamás se había metido en política. Quizá sea exagerar al hablar de Duperrier en estos momentos. Pero la imagen que se está dando con tanta conferencia clausurada debe ser meditada por el Gobierno. Existe la impresión de que los adversarios del 12 de febrero presionan con inusitada fuerza, y quizá en el sentido menos adecuado.

SEUDONIMO